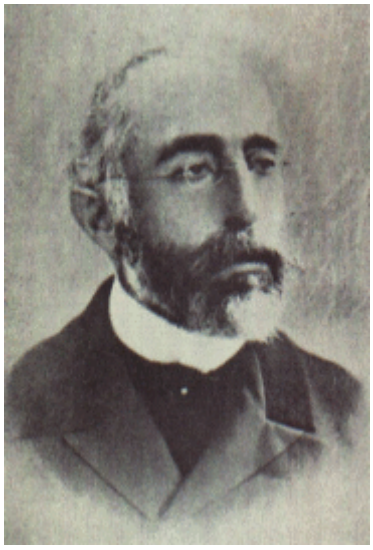
La vida del delito y de la prostitución

Impresiones médico-literarias

Francisco A. Sicardi



Digitalizado por
http://www.librodot.com

He visitado muchas veces, de noche, las cárceles de la ciudad. Qué sombríos y fríos corredores, en la escasa luz del gas mortecino. Allí están hacinados los criminales, tirados en el suelo con las ropas en pedazos y la piel llena de mugre, aceitosos y hediondos, con los ojos insolentes, abiertos en la penumbra, la boca procaz y blasfema. Los himnos del cinismo suenan y retumban a lo lejos en las largas casamatas. Describen los descensos de las juveniles energías y en vez de las frescas maravillas del alma sana, cuentan facinerosas historias de noches lóbregas, de brillos de puñales entre la luz sucia de los faroles, de angustias y estertores de caídos y de gritos de misericordia, historias de corazones de podredumbre, lamentos interminables de la moral muerta. ¡Y siempre el ataque al hombre, a su dinero, a su vida y honra, a la casa inviolable! Más que personas, así tirados sobre los pisos desnudos, buscando el sueño que no llega, o durmiendo inconscientes sobre sus delitos, parecen espectros con el rostro y el cuerpo escuálido en sus funestas demacraciones, una legión de larvas que no hubieran tenido nunca semblanza humana, los deshechos vivientes de un mundo que hubiera desaparecido, la tétrica concepción de un Dios demente y brutal. Yo he sentido, visitando esas cárceles, todas las satánicas soberbias. Allí los hombres retan a duelo las leyes. Han robado y estuprado, son asesinos y tienen las jactancias insolentes. ¡Contra todo y contra todos! Han perdido la libertad del cuerpo, pero no se resignan, y saturada de enconos, la mente bebe la ponzoña en los diabólicos conciliábulos, protesta y amenaza. ¡Ah! De los hombres, el día que el sol les caliente las carnes. ¡Ah! De ellos ¡El día que hayan roto la cadena y el aire libre los envuelva! No habrá sido estéril la educación recibida en las puercas zahurdas de los presidios, ni los días largos y solitarios, sin familia, obligados a ver siempre la mueca hostil de los carceleros, sin más melodías que el paso del centinela cerca de las puertas, el estampido de la culata del fusil al caer en descanso y el rechinar de los llaveros oxidados. Y han de recordar, en las horas de libertad, el hielo de los inviernos grises, que filtra apenas a través de los polvorientos tragaluces, y los eternos silencios de las noches tenebrosas, llenos de bruscas pavuras y de visiones. Recordarán los pies fríos, las orejas frías en su incipiente gangrena, la enfermedad sin medicamentos, las hambres sin más esperanzas que el puchero lardáceo con ascos de carnes y de legumbres en putrefacción, porque en la cárcel desaparece el hombre y se transforma en una cosa sin dignidad y sin perdón. Por eso, en ese salvaje sufrir, las fuerzas del delito se multiplican, las psicologías que llegan todavía allí con algún rayo de sol de bondad, se entenebran y lo que tal vez pudo ser corregido y mejorado por las benevolencias, se exacerba por el látigo y adquiere en la amoratada equimosis del grillete la crueldad incompasible.

Los que castigan son iguales a los que delinquen, porque el hombre ha nacido para oprimir al hombre. No entusiasman los apóstoles que predican los divinos problemas de la caridad, el amor a los niños y el respeto por la vejez caduca. ¿Qué han conseguido? Pasaron sus catilinarias sobre la testuz de los conductores de pueblos, sin dejar retoños. Estos no se han incomodado, ni acercado siquiera a lamer las úlceras de los prisioneros para la cicatriz limpia y sana, y aunque heridos alguna vez por el grito de la justicia, han abierto, a pesar de eso, las fauces, para precipitarse sobre la desventura delincuente y desgarrarla. Así las cárceles están llenas de muchachos desamparados, que duermen al lado de los grandes criminales. Yo los he visto. Uno me cuenta que los padres a bofetadas lo arrojaron de la casa. Robó un pan para comer. El dueño lo amenazó y él defendía su pan, cuando le enterraba el cuchillo en el vientre. ¿Quién le enseñó a trabajar? ¿Alguien le habló de Dios alguna vez? Por años la cárcel se cierra sobre su cuerpo. Allí nadie le dice que es preciso trabajar. Cuando salga volverá a tener hambre y a enterrar el cuchillo en otro vientre.

Aquel ha salido de la inclusa. Está solo en el mundo. Es hijo de los bulevares. Duerme sobre los umbrales, con los miembros contraídos, hecho una bolsa de trapos, y camina después a través de las madrugadas de la ciudad y sigue caminando a través de las calles vagabundas, atónito de hambre y muerto de frío con su máscara sucia de imbécil. La cárcel se cierra sobre su cuerpo periódicamente y allí, a tragos intermitentes, bebe las nociones del mal. Ya hombre está preparado para el delito. Es un galeote. Tal vez termine en el cadalso o desaparezca para siempre en los húmedos sótanos de un presidio. ¿Le habrán enseñado a éste la virtud para que sepa practicarla? Aquel me dice que lo entregaron a una familia. No le daban ropa. La comida era escasa y el trabajo mucho. No había amanecido y tenía que fregar los patios, barrer y limpiar la cocina, siempre descalzo y mostrando pedazos de su cuerpo mugriento, a través de las ropas rotas. Los patrones vivían enojados, porque estaban pobres, pero él era alegre y juguetón. Tenía una linda voz y cantaba como los pájaros. Había aprendido a silbar como ellos y se entretenía en llamarlos. Por eso le cruzaban las espaldas con un rebenque, lo azotaban contra las baldosas, lo herían y maltrataban, sacándole sangre. Entonces huyó a la carrera, atropellando y jadeante. Se perdió por ahí de día y de noche. Comía los pastos en las afueras, porque le habían enseñado a no robar. Una mañana lo encontraron en una zanja, lívido, y la cárcel cerró sobre el vagabundo. ¡Pobre delincuente! ¿No era mejor que los mastines de las quintas le hubieran mordido la carótida? Ese otro que he ido a ver está enfermo en el cuadro. La sífilis le ha llenado de úlceras la nariz y la boca. Así lo engendraron los padres. Como no traía plata, porque nadie quería tenerlo, lo echaron

a la calle. Entonces se perdió. En la prisión lo contaminaron. Era instrumento de perversas sexualidades. Está moribundo. Su destino será fallecer en una cama de hospital, sin haber sido niño siquiera, arrojado fuera del consorcio humano, siempre solo en el mundo, mirándoles todas las lacras cenicientas con horror, sin que ningún bálsamo le mitigue el sufrir, ni palabra alguna endulce sus soledades. Después un cajón de pino sin cepillar, para la miserable basura de su cuerpo muerto. Así desfilan enflaquecido y sucios, mezclados en los corredores a los grupos patibularios con la ropa en andrajos, teniendo algunos de ellos corazones llenos de bondad, ladrones otros, pervertidos los más, dados al vicio bajo y procaz.
Una vez vi a uno que estaba enfermo, sentado en el suelo cerca de la pared, donde se apoyaba. Sus ojos eran azules, rubio el cabello, la piel fina con venas azuladas. Tosía y tenía fatiga. Todos lo querían en la prisión. No decía blasfemias nunca. Era un alma dulce y amable. Tendría quince años, y cuando lo interrogué, me dijo que el padrastro brutal había lastimado a su madre. Entonces él le rompió el pecho de un tiro y lo dio vuelta. Por eso lo metieron en la cárcel. Lo vi desaparecer después en una cama del hospital, sereno y sonriente, sin quejarse, rodeado de enfermos amigos, a quienes él había fascinado con el perfume de su bondad, con su resignación suavísima de predestinado a morir temprano.

Así desfilan con el cuello partido por las cicatrices de la escrófula, con la nariz roja de alcoholistas precoces, éstos que fueron vagabundos de los figones y de los sucios lupanares, sin más techo que un tramo de cielo, sin más habitación segura que los esfacelos de un pudridero. Y los conductores no ven nada, ni se puede exigir transformaciones a inteligencias sibaritas. Es inútil enojarse, inútil el anatema. Las cárceles son oscuras y escuelas de vicios, y la niñez sin amparo, los pobres pequeños, que no tienen la culpa del crimen, seguirán entrando y saliendo de los mechinales estrechos, para recomenzar la eterna y desolada historia de la tierra baja, donde hay muchos tristes y muchos abandonados. No hay que enojarse ni pensar en mejorar a los otros. No se puede modificar la bestia. La niñez ha de ser ultrajada, porque no puede defenderse. La inclusa tendrá noche a noche sus párvulos y la cárcel seguirá cerrándose sobre los pequeños cuerpos, macilentos de hambre, desazonados por el desamor humano, inquietas moléculas, destinadas a desaparecer, sin conmiseraciones, con sus alegres almas muertas por el salvaje cinismo.

Las cárceles encierran muchas mujeres. Están allí en montón, como los hombres, sobre el piso sucio, entre el aire confinado, ojerosas de insomnio y de cóleras sordas, mezcladas las sedas

de la señora delincuente con las zarazas de las callejeras empedernidas. Es un ejército vocinglero y procaz, inquieto el día entero, narrando sus desvergüenzas y sus vagabundas lascivias. Hay hermosos y juveniles rostros y ojos azules que han perdido el candor, tormentosas fisonomías con chispeante y oblicuo mirar y pieles terrosas de largas inaniciones y rojas efigies de alcoholistas, que ha dormido mal, con la pesadumbre pavorosa de las nocturnas visiones. Entre ellas, alegres cantoras de quince años, flores de la depravación temprana, que tienen gentil la persona, la voz fresca y la pequeña alma contaminada, ángeles de alas rotas, destinadas a barrer el lodo de los barrios oscuros. Ellas cantan, asimismo, en las crujías, las oscuras baladas del burdel y la brama de las orgías desnudas y cruzan, a través de la atmósfera encerrada, los gritos de la bacanal. Cantan la carcajada perpetua y la inconsciente hilaridad del mal, los fantasmas de las borracheras festivas y las sordinas delirantes de los tálamos convulsos y venales. En ese hacinamiento hay la historia de muchas inocencias mancilladas y rotas por la violencia, después de largas horas de resistir al cinismo lujurioso, cediendo al fin en los abandonos sin amparo, bajo la máscara torva y bestial del hombre. Hay odiseas penosas en pos del pan que falta, hediondeces de cuerpos, amontonados en los tugurios y que no duermen de frío, muchachas que disparan y manos desesperadas, abiertas, implorando en las esquinas al caminante corrompido que da dinero para quitar honra, mientras otras cuentan que el padre borracho las violó una noche y ellas cedieron sofocadas y tiritando de miedo. Aquellas no saben cómo fue. Se enamoraron, hasta que un día, la luz demasiado cercana les quemó las alas y el polvo de oro desapareció en aquel última día virginal, en el último beso inocente. Allá en un rincón, bajo aquellos vidrios sucios, mientras los carceleros pasan y distribuyen pan negro y carnes verdosas, están reunidas las que salieron a la calle a buscar hombres, azotadas a la ventura por el fuego sensual, una cohorte de locuelas precoces, que no supieron rezar y que no aprendieron virtud. Entregaron el cuerpo a cualquiera en la irresistible violencia de la carne joven y los hombres las despedazaron como furias y las precipitaron en la vida con la sangre contaminada. En la frente se les una corona. La sífilis la buriló con colores cobrizos y bajo las sedas manchadas de vino, serpean las úlceras, llenas de pus y de ponzoñas. En ese grupo de ojos procaces y lenguas desventuradas, cuentan ellas las anécdotas de la ignominia y escriben la historia monstruosa de las más bajas aberraciones, los descensos morales de los pseudohombres, entregados a los bestiales cultos y a las afrodisias infames y narran la vida de una cantidad de elegantes degenerados. Es un grupo locuaz. Divierten a las silenciosas con el madrigal chabacano. Son las sacerdotisas del carnaval lujurioso e impenitente y hablan todas las insolencias

del vicio gárrulo. Se imaginará que alguna vez en las horas aburridas, ellas pueden pensar en una vida más sana, que quieran vivir una semana siquiera en el sol puro, en la divina consagración de una virtud cualquiera, que sean capaces de comparar sus turbulencias enfermizas con la robusta marca de la mujer honesta. No es así. Ellas no saben sino aquello y no podrán sentir estas nostalgias, saldrán a la calle, enloquecidas en la libertad recuperada, siempre buscando hombres para caer de nuevo, una noche cualquiera, bajo las bóvedas sombrías de la cárcel, salir de nuevo y volver a entrar y durante muchos años, hasta que la sífilis o la tuberculosis les gangrene las vísceras y las mate. Mientras tanto han diseminado por la ciudad gérmenes mortales. Han depravado a muchos, en las tristes correrías nocturnas, trabajando siempre para los proxenetas, que las esperan en las esquinas para robarlas. Así esas sedas, manchadas de vicio y de lujurias, fascinan al pasar con el brillo enfermo y esas psicologías dejan aquí y allí un reguero malsano, que corrompe inocencias y pudre organismos. Pero todo es inútil. Alguna cosa fatal cruza el camino de esas sombrías viajeras y las arrebata. Inútil es contraponerse. Los compasivos que trataran desviarlas serían mirados con extrañeza. ¿Acaso han aprendido ellas una vida mejor?
Sigamos. Por eso muchas casas de trabajadores se han vuelto lóbregas. Una noche faltó la muchacha y en la mesa quedó un asiento vacío. Los hermanos con los puños crispados miran los platos sin comer. En un rincón llora la madre y el viejo sacude desesperadamente la cabeza como si el trabajo y los ahorros de toda la vida resultaran inútiles. El tubo de la lámpara a kerosene se ha ennegrecido en su base. Parece un carbón luminoso en aquella penumbra triste. Tal vez es un hogar detenido. El alcohol, que consuela quebrantos, arrojará a los hermanos en banda, de vereda a vereda, y el padre se morirá de pena, arrugado y sucio en un rincón cualquiera. En otras partes seguirán comiendo. Para que eso sucediera la habían educado. El marido era un blasfemo, la mujer una libidinosa. Creció entre el ejemplo deshonesto y nadie sufrió en aquella casa el día del abandono. Así rueda el mundo. El estrépito de las ciudades se dilata y oculta los gemidos anónimos. ¿Quién va a saber que hay un hogar que sufre, quién a señalar con el dedo una deshonra más? Apenas si, de cuando en cuando, en el subir constante de la marea contaminada, el miedo a la asfixia reúne a los hombres para deliberar. Los ecos de la orgía golpean las puertas y pasan zumbando por los balcones, donde están las jóvenes inocentes. ¡A reprimir pues! Los lupanares se cierran y vuelve la cárcel a estar llena de locas desarrapadas. ¡Inútil todo! Germinan a los lejos, retoñan y saltan de nuevo a la luz del sol, brillantes, fascinadores y obscenos y el mundo sigue rodando con las mismas formas y con los mismos estrépitos. ¡Inútil todo! El cuerpo muere

por enfermedad y las sociedades por contaminaciones colectivas. Así como hay fuerzas y virtudes inconscientes que empujan los pueblos a la grandeza, así hay degeneraciones posteriores que los precipitan. No tienen mérito cuando ascienden, ni son criminales cuando caen. El instinto produce los dos fenómenos. No entra en ellos ni la razón, ni la voluntad. Por consiguiente es menester guardar los panegíricos y las anatemas y creer que, a pesar de los siglos, el *fatum* las arrastra. No son tranquilas. Encuentran aburrida la vida del hogar quieto y los elocuentes silencios del hombre que trabaja. No han nacido para estar contentas, en la dulce y amable poesía que canta el amor de las cunas y narra la historia de la familia, que conversa en la noche, reunida alrededor de la mesa, en el alma augusta del comedor tibio. Los aromas de los floreros no tienen perfumes, ni el helecho del centro de mesa tiembla, en sus exquisitas fragilidades verdes. El dormitorio está allí con su gran cama de caoba y el que llega es siempre el mismo, un trabajador sudoroso y un neurasténico debilitado. El abrazo es frío, el espasmo es convencional. La inquieta piensa en el placer acre y violento que hace estremecer sus carnes de elegante delincuente, en la fuga hacia las posadas oscuras, a través de las trepidaciones de las calles luminosas, o en los crepúsculos vespertinos de las alcobas escondidas para el pecado, abrigadas con alfombras de Esmirna y cortinados de terciopelo rojo. Así algunas usan la complicidad de los sirvientes. Carta va y carta viene. Viven subyugadas con la obligación del silencio, con el miedo de la delación canalla, en el peligro constante, y cuando se apoderan del macho, después de muchas horas de deseo enfermo, se entregan con toda la rabia del espasmo lúbrico, escribiendo su cuarto de hora de furias dementes. Llega entonces el odio al marido, a esa cosa tonta, que se mueve e incomoda en la casa y no ve la silueta del corrompido que pasa por la acera de enfrente, arrastrando por el suelo su honra, hasta que llega un día en que él sabe y ella huye o la precipitan en una mazmorra. Y así va rodando el mundo, entre hogares que se forman y hogares que se deshacen, en una interminable marcha de creaciones y de ruinas, contestando al epitalamio que canta el perfume de los azahares y el pudor del velo nupcial, con los gritos de la naturaleza bruta, que quiere las embriagadoras fecundidades, con el marco de las fragancias del polen, el único dios del Universo, lleno de zumos, de carpos húmedos y de cortezas, de troncos y hojas calientes, a través de cuyos vasos narra la linfa el poema de la necesidad sexual. ¡Paso pues! ¿A qué viene la ley? ¿Por qué no impiden que en pleno sol, bajo el infinito cielo, la semilla se rompa en el humus para entregarle sus carnes virginales? Así también podría decirse a la tierra que no las fecundara entre su negra cuajada. ¿Por qué lo hacen? ¿Por qué no impiden que las fieras se desgarren en las noches desiertas

y manchen con sangre las arenas, y que las aves se cubran para esconder sus besos en las espesuras fragantes? Pero entonces sobre la ley, sobre los decretos, desde que han querido con el matrimonio circunscribir el derecho de las criaturas, la naturaleza vencedora, a pesar de todo, escribirá las sinfonías de las libres procreaciones, el zumbar de las selvas abrasadas en el himeneo gigantesco, los gemidos de la madre tierra, hinchada para parir. Y sobre las hipocresías de una virtud que necesita códigos, la gran sinceridad de la naturaleza vencedora ha de establecer en los tiempos que el hombre, que no es sino una de sus formas, como las demás formas, tiene el derecho a los libres espasmos, buscando a la mujer donde quiera que esté para fecundarla, como los átomos todos buscan a las átomas en el eterno vértigo de metamorfosis. Y porque la ley es artificiosa se producen los adulterios, que son sus desviaciones, que no resultan sino vasallajes a las leyes naturales. El mundo está enfermo, por el exceso de reglamentos. Todo cae bajo la acción de los virtuosos y de los sabios, un gremio perjudicial, que ha destruido la sinceridad pretendiendo establecerla, y que obliga a los humanos a vivir de la mentira y en la astucia hipócrita. ¿Por qué ha de ocultarse la mujer que ama a otro hombre que no es su marido? ¿Acaso porque se oculta no se produce lo que los virtuosos llaman delito? Con estas teorías, se contesta, todo se lo lleva el diablo. Puedo asegurar que así como están las cosas, hace rato que el diablo se lo está llevando todo.

La observación va a dar la prueba de esto. Se ven muchas cosas caminando por la ciudad. Yo no puedo olvidar su hora vespertina. La penumbra cae y todo lo invade, mientras el dilatado zumbido diurno se va desvaneciendo. Hay cuadras muy oscuras, rincones tenebrosos, que sirven para citas de amantes y mientras las campanas de las iglesias avisan que el Ángelus reza la oración del perdón para todos, las adúlteras pasan, entre la luz escasa, como sombras agitadas. Es la hora peligrosa. Las penumbras siguen cayendo y se amontonan en todas partes, mientras aquí y allá se iluminan los negocios. Aparecen después los faroles con luz y se agitan sobre el piso sus siluetas. Pasan debajo los coches y los tranvías se deslizan zumbando sobre los rieles. La noche del cielo está muy oscura. Las estrellas tardan en brillar, como si no sirvieran para nada en la vida de la ciudad, como si hubieran sido creadas solamente para alegrar las soledades de los campos, veladoras de la infinita paz nocturna. Poco tienen que hacer, porque las adúlteras que se arrugan en el fondo de los carruajes con cortinas bajas, no asoman para mirarlas. En esa hora han muerto muchas honras y se han satisfecho muchas lascivias en las posadas oscuras. Las rufianas acechan y arrancan a las niñas del conventillo y de la casa pobre para precipitarlas en el abismo. Es una triste

procesión infantil, es un dolor que marcha hacia la infamia. La piedad cristiana no las ve pasar y no las salva. Sirven a las lujurias más desventuradas, sin perder muchas la flor de la inocencia, tan niñas son, mientras las más vuelven a sus casas con todos los candores marchitos. Por todas partes donde se sospeche una pobreza y donde los padres no cuiden demasiado a sus hijas, se siente el ojo malsano de los buitres dispuestos a desgarrarlas. Por eso hay tanta chicuela de mirada cínica y de rostro procaz. Son las que devuelven a la calle zaguanes oscuros. Cuando crecen, después, siguen despeñándose. Caen en manos de los mercaderes miserables. Tienen un precio distinto. En los clubes que éstos poseen en la ciudad, se rematan sus cuerpos y ser transforman en moradores de las casas obscenas, para servir al ludibrio entre las bofetadas y el escarnio. Vendidas como esclavas, ya son cosas. Instrumentos del vil negocio, valen por lo que pueden producir, mientras el club prospera y se enriquece con esas que poco a poco van muriendo, mordidas por todos los cuervos, los que sacian sus lubricidades y los que sacian sus avaricias, blancas osamentas arrojadas en inmunda sentina y dilaceradas en vida. Ellas pagan los anillos que los leones llevan en los dedos, el alfiler de brillantes que adorna sus corbatas y el champagne de las orgías bulliciosas. Por otra parte, mientras tengan ellas vestidura juvenil y lozana serán esclavas. No pueden huir, ni amar, ni arrepentirse. El terror las tiene encerradas, el desprecio de todos y el abandono las hace vivir en un inmenso desierto, sin oasis y sin aguas cristalinas. Jesús perdería aquí su tiempo. Las Magdalenas que pudiera encontrar serían las que ellos arrojaran a la calle, con la piel lívida y el cuerpo encorvado en las decrepitudes prematuras. ¡Ay de la que busque independencia! Los leones reunidos decretan su ruina. Las acosan, las ultrajan, las comprometen en todas las formas. Les incendian las casas y las abofetean hasta que la pobreza y la cárcel las reducen de nueva a las más sombrías humillaciones. Entonces, vuelven a la liga tenebrosa, a pagar de nuevo el champagne de la orgía o desaparecen para siempre. ¡Y este es el siglo de la libertad y así Jesús perdió su tiempo, queriendo dar a la mujer persona, sin darle al mismo tiempo la fuerza que es necesaria para imponer respeto! ¡Oh, yo puedo contar muchas historias! He visto mujeres con pasiones salvajes implorar la libertad a gritos. Abrazadas del hombre, adorado hasta el frenesí, enfermas de ese amor imposible, trenzadas con él, entre besos y sollozos, ellas serán cualquier cosa, esclavas y bestias de carga, la sumisión sin palabras, un ser atónito y dócil y le entregarán su cuerpo para que se atore en sus bramas de animal, con la única condición de salir de allí ¡De salir de allí! De esa atmósfera fría de crimen, lejos de la mirada oblicua y sucia de la barragana, que ha adivinado su pasión. Es entonces que el rufián pasa con su torva y siniestra psicología, en momentos en que el

macho le ha abofeteado la mejilla y la hace rodar como un fardo sobre las alfombras, con un hielo de osario en el corazón, con una infinita soledad de muerte en todo su cuerpo. Es inútil. Por una Magdalena de éstas, cien más permanecen abyectas, mancebas de esos harems inconfesables. Y sobre todo, es necesario que los miembros del club sean ricos, que beban champagne y tengan orgías, enfrente de las sociedades civiles y a pesar de ellas que buscan para la vida las alegrías honestas. ¿Hay acaso alguna ley que los moleste? Si la hay, no se cumple. Entonces ellos siguen vendiendo y comprando esclavas y éstas derrumbándose de burdel en burdel, hasta que llegan al fin a las sucias zahurdas, a los pisos de ladrillos, a los cuartos sin cielorrasos y sin ventanas, transformados en un miserable andrajo para los soldados noctámbulos y borrachos.

Todo termina al fin. La vejez sacude los cimientos de los lupanares. Estos crujen, se destartalan y empiezan la danza macabra hacia el abismo. Es un rechinar de honras rotas, una larga lamentación de juventudes marchitas y una horrible sinfonía de lascivias y de dolores sordos. Zumban en el aire y van pasando las sedas podridas, los encajes deshilvanados, los terciopelos desteñidos y un enjambre de miserias paralelas, que acompañan a las diosas envejecidas y enfermas, y desparraman en el camino tufos de cuartos húmedos y alientos de roñas vetustas. Y sobre las orgías pasadas, la crucifixión de las pobrezas presentes. Y detrás de los días alegres, ¡Las sombras de las noches sin fuego y sin luz! Así viven, rezando funerales a las embriagueces que ya no vuelven. Es una desventurada procesión. Los ojos no tienen brillo, las carnes están flacas y arrugadas, la piel llena de úlceras y de costras. Tosen. Se fatigan. Algunos enormes vientres de yeguas hidrópicas se balancean en las filas. Otras marchan sobre angarilla. Las compañeras las llevan a pulso. Son paralíticas. De cuando en cuando el grito estridente de alguna loca, los temblores y el vómito hediondo de las borrachas de vino y de caña. Aquí y allá, en el seno de la siniestra cohorte, caminan las niñas, que van a ser corrompidas, para alimentar las vejeces de las rameras decadentes, frescas flores ya manchadas en el lodazal. ¡Y blasfemias, rugidos, carcajadas! Una horda cínica desfila, cantando las baladas lúbricas e infames con estertores salvajes, donde suenan todavía las imprecaciones de las últimas y moribundas lujurias. ¡Por todas partes el mal, la enfermedad y el asco! A medida que avanzan hacia la sombra, acompañadas por el estruendo de los prostíbulos fracturados y el volar horrísono de las alcobas pecaminosas, arrancadas de cuajo y azotadas hacia el abismo, a medida que avanzan, se oyen los llantos y las desesperaciones de los hijos abandonados y el chasquear de las placentas empapadas de sangre y de estiércol en los abortos criminales. ¡Por todas partes el mal, la enfermedad, el asco! Así, a medida que se

despeñan, se van alojando en la cama de los hospitales, donde pasan la noche lóbrega o duermen en los conventillos, donde las gentes les conocen la dolorosa historia o se desparraman en los cafetines inmundos de la ribera y se acuestan en los más bajos tramos de la inmundicia. Después mueren esas pobres solitarias y las arrojan sin ataúd, patas arriba, entre las carnes gangrenadas del osario. Allí amontonan la podredumbre, que contiene fétido aliento, entre los músculos corrompidos, al lado de la papilla negra formada de harapos y líquidos mefíticos. Una oleada malsana salta fuera de la inmunda huaca, como una lúgubre protesta de muerte, como una sombría bofetada. Parece que en aquel silencio se agitaran las manos sin carnes, buscando culpables para estrujarles la mejilla y mientras el esfacelo roe los huesos, los gusanos se alimentan y engordan sus carnes nacaradas, resbalando apurados los unos sobre los otros, serpeando y deslizándose, bajando y subiendo en un hambriento frenesí de lascivia procreadora que los destruye en el barro común, ¡En la hedionda y fúnebre sima! ¡Al fin la paz! ¡Al fin el descanso de la vida vagabunda sin dolor, sin hambres y sin crueles inviernos! ¡Al fin las flores enfermas encontraron la tiniebla para marchitarse y morir, mientras otras siguen retoñando detrás de ellas! Vestirán los hombres de seda sus cuerpos juveniles, para desflorarlos y manchar hasta la muerte la piel fresca. ¡La orgía os espera infortunadas hetairas! El mundo quiere las precoces extenuaciones, quiere mataros pronto, para recomenzar los lúbricos homicidios. En rededor de esa cohorte en marcha, los leones muestran los dineros ganados en las bacanales y caminan ellos también hacia el abismo, con sus máscaras truhanescas de delincuentes enflaquecidos en los garitos nocturnos. Estos sultanes del prostíbulo van dejando en el sendero sus oropeles y se transforman, bajo las imprecaciones d e las rameras moribundas, en una legión de enconados, que arrastran el hocico en el fango, donde terminan las vidas miserables, en el siniestro y frío silencio, donde desaparecen las almas canallas. En esa odisea se confunden con sus víctimas, heridos por ellas a zarpazos en el rostro, de donde manan podridas linfas, asfixiados por el vaho mefítico, dentro de ese turbión humano, que gira y gira hacia el pudridero de donde ya no se vuelve. Alrededor de ellos el estridente ulular de los ladrones, que bailan la danza macabra y la sombría guiñada del asesino hercúleo. Se mueven en sus cárceles, dando tumbos y meditan el delito en la hora postrera, sin conocer el mal que han hecho, frías, inconscientes, mal vestidas por el andrajo, las carnes flacas, llenando los senderos de purulencias tuberculosas. Borrachos e idiotas, estos onanistas caminan hacia la muerte, cantando los himnos de la perversión de Sodoma, un ejército degenerado que deja un reguero malsano. Aquí y allá, por todas partes, la tierra baja confunde, en el supremo

estertor, las casas abyectadas con las inmundas crujías y la gangrena devora a estos hermanos del delito, y rameras, ladrones, rufianes, falsarios, adúlteros, arteros y asesinos, toda la hediondez humana escribe capítulos feroces y muere. Al fin la tierra baja y contamina todo al morir acostada la persona llena de úlceras saniosas, con la calavera tirada de través en su mueca pavorosa.